

Mario Andrés González. *La historiografía conservadora a través de sus revistas. Jaime Eyzaguirre y sus discípulos en un cuarto de siglo (1948-1973)*, Ediciones Inubicalistas, Valparaíso, 2022, 183 páginas.

Nos adentramos en un estudio que no sólo versa y denota la trayectoria intelectual del historiador hispanista y ferviente católico, Jaime Eyzaguirre, sino que también las disputas y proyectos que mantuvo este grupo historiográfico durante un cuarto de siglo, concentrándose en los años más álgidos de la disputa por los proyectos globales en Chile. Entonces, nos inmiscuimos al libro desde tres aristas: (i) creación del campo historiográfico conservador a partir de la figura de Eyzaguirre, (ii) configuración de redes académico-políticas, con sus distancias y enemigos y (iii) respuesta a las contingencias en la estela del maestro. En definitiva, distintas maneras de elaborar un proyecto político, el cual no se anclaría en ningún partido en particular, aun cuando puedan apoyar circunstancialmente a uno u otro: la militancia eran las revistas.

Algunas duraban más que otras, pero mantuvieron vivo el discurso, desde *Finis Terrae*

(1954), *Historia* (1961), el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* (1933), *Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales* (1967), o bien, la continuidad de sus discípulos al crear *Qué Pasa* (1971) o *Portada* (1969). En gran medida, en las distintas experiencias del grupo, se podía evidenciar su carácter misional: «(...) una lucha que debía impedir la entronización del marxismo y la conculcación de toda la identidad labrada por el *sufragio universal de los siglos* (...)» (p. 15). De este modo, se muestra cómo se opusieron a los historiadores marxistas. Cabe recordar que el historiador hispanista desde el primer número de la revista *Finis Terrae* hacía un llamado explícito a una *cruzada*, la cual surgía como necesaria para enfrentar el *caos presente* (p. 15).

La formación del campo historiográfico

En primera instancia, Mario González presenta las razones que habría tenido Eyzaguirre para

fundar la revista *Historia*, nueva publicación de corte similar tanto a *Finis Terrae* como al *Boletín de la Academia*. Lo anterior, se vendría componiendo a partir de 1954 cuando se crea el Instituto de Investigaciones Históricas, perteneciente a la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad Católica de Chile. Para ello, se exhibe el campo intelectual de los años cuarenta y cincuenta, confeccionando una cartografía del proyecto historiográfico conservador chileno. En gran medida, «(...) la actividad de Jaime Eyzaguirre fue fundamental y de una importancia sin parangón en la historia del conservadurismo nacional, por lo menos en su vertiente historiográfica y académica (...)» (p. 25). De este modo, Eyzaguirre concentró su batalla ideológica en el campo universitario, especialmente a través de la Universidad Católica y la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile.

Las primeras incursiones que Eyzaguirre venía estimulando databan de su rol como profesor de Historia del Derecho en la Universidad Católica y en la Universidad de Chile, como también su papel de director del *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, donde ya

promovía la publicación de investigaciones histórico-jurídicas que destacaran un enfoque hispanista de la era colonial. Así, en 1951, reseñando una memoria de licenciatura, el propio Eyzaguirre destacaba que existía «(...) una progresiva preocupación por el estudio de las instituciones de la época hispánica, tan desestimada por el juicio ligero y cargado de intención política de los historiadores del siglo pasado» (en p. 29). Esta misma inquietud lo condujo a conformar una colección de estudios al interior de la Escuela de Derecho de la Universidad Católica para promover las tesis que consideró más destacadas, en las cuales se subrayaba «(...) la labor creadora de España, a cuyo espíritu debemos lo que somos y al cual deberemos ser fieles si queremos serlo al nuestro» (en p. 33). Por tanto, Eyzaguirre requería un lugar autónomo para desarrollar aquella perspectiva historiográfica, «(...) orientada por el hispanismo y el tradicionalismo católico» (p. 36).

Por lo anterior, en 1961 se funda *Historia*, erigida por «(...) Eyzaguirre, Javier González Echenique, Gonzalo Vial Correa, los tres abogados de la Universidad Católica, Ricardo Krebs,

doctor en Filosofía, fray Gabriel Guarda, quien cursó estudios de Arquitectura, fray Carlos Oviedo, con estudios de Teología, Armando de Ramón, Andrés Huneeus, abogados de la Universidad de Chile (...)» (p. 37), lo que incitó hacia la profesionalización del campo historiográfico en la Universidad Católica, provocando en 1964 la fundación del *Centro de Investigaciones Históricas*, fusionándose con el Instituto de Investigaciones Históricas.

Entonces, este grupo intelectual fuertemente cohesionado en valores hispanistas, integristas católicos y nacionalistas, buscó dar respuesta a la crisis cultural de los sectores oligárquicos. Es más, «ello no supuso amilinar las inquietudes. Por el contrario, esta crisis más que minar los ánimos, fortaleció la búsqueda por consolidar ciertas estrategias para enfrentar un mundo que rompía con las ideas que habían disfrutado de una hegemonía singular en gran parte de la sociedad» (p. 50). En síntesis, señala Mario al cierre del capítulo, la Universidad Católica, gracias a la impronta del *maestro hispanista*, consolidó una escuela historiográfica y mantiene hasta la actualidad

una de las revistas más importantes del país en la disciplina.

Reseñando las otras historiografías

Ramírez Necochea, junto a Jobet y Segall tuvieron un espacio predilecto en las disputas de aquel grupo. No obstante, en ningún momento acudieron a sus militancias partidistas, sino que los ataques se dirigieron a esta vertiente por su supuesta falta de cientificidad, por lo que «(...) rechazaron la construcción teórica como fundamento en la interpretación de los procesos históricos, asociándola con una determinada ideología política» (p. 76), aunque no lo explicitaron. De esta manera, desde una lectura apriorística desecharon los aportes de la tradición marxista al campo historiográfico. En otros términos, González exhibe un *anticomunismo* desde la producción historiográfica.

Esta *comunidad de interpretación* (p. 53) adscrita al catolicismo hispanista fue configurando, a partir de las reseñas publicadas en la revista *Historia*, una respuesta a esa corriente historiográfica anclada en los sectores populares.

En esa línea, la historiografía conservadora no ignoró el proyecto que venían construyendo aquellos desde la Universidad estatal, sino que mediante el *Fichero bibliográfico* de la revista buscaron deslegitimar y cuestionar las formas teórico-metodológicas de aquellos historiadores. Lo anterior, intentando nunca caer en la crítica sobre su militancia, sino sobre la falta de prolijidad, debido a una supuesta ideologización del discurso historiográfico. En consecuencia, aún sin ser del todo explícitos, la revista académica funcionaba también como parangón de disputa política (p. 77). De hecho, a raíz del trabajo de Alejandro Lipschutz, Gonzalo Vial sostuvo que le desconsolaba «ver tanta inteligencia, tanta preparación científica, tan inmensas lecturas y tan prodigiosa erudición... todo desperdiciado en acomodar la historia hispanoamericana al estrecho molde marxista» (en p. 69). O bien, sobre «Balmaceda y la contrarrevolución de 1891», de Ramírez Necochea, el mismo Vial señaló que aquel estaba simplificando la historia dividiéndola entre *buenos* y *villanos* (p. 68). En esta línea, sin ser demasiado explícitos, los discípulos de Eyzaguirre desprestigiaban las propuestas de la historiografía marxista

sosteniéndose en principios apriorísticos para atacar a quienes constituyeron como enemigos académico-políticos.

Es más, los dos números de la revista *Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales en Chile* (1966 y 1967), tratados en el cuarto capítulo del libro en comento, estuvieron focalizados, en particular, a rebatir las tesis de Hernán Ramírez Necochea respecto a la Guerra Civil de 1891, en búsqueda también de aminorar la figura de Balmaceda que había sido reposicionada desde las izquierdas. Entonces, se mantuvo la disputa por los imaginarios sociales desde la historiografía y sus publicaciones. De esta manera, esta nueva publicación sirvió como plataforma para mantener las disputas del grupo, el cual había sido recién expulsado de las revistas en la Universidad Católica de Chile, debido a la impronta del reformismo universitario de esos años.

En esa línea, vemos cómo fue tratada la historiografía de Álvaro Jara, Rolando Mellafe y Sergio Villalobos, quienes sin ser cercanos a la corriente hispanista, no recibieron tan

enérgica crítica. Se relatan las relaciones que tuvieron Jara, Mellafe y Villalobos, tanto en el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* como en la revista *Historia*, a quienes no se les negó estos espacios: mientras Jara y Villalobos fueron publicados, Mellafe fue premiado por su tesis. De hecho, los tres fueron reseñados en la revista *Historia* y, aun cuando las recensiones no fueron del todo positivas, sí le otorgaron valor a ciertas posiciones que tomaron. En suma, no se logra consignar un permanente conflicto con esta tradición del Instituto Pedagógico, influenciada por los *Annales* franceses (pp. 108-109), mostrando una posición distinta a la que tuvo la tradición conservadora respecto a los historiadores marxistas.

Contingencias después del deceso del maestro

Tras la enorme conmoción provocada por la muerte de su maestro en 1968, los discípulos no se quedaron de brazos cruzados. Es más, en enero de 1969 aparece *Portada* y, luego, tras la victoria electoral de la Unidad Popular, surge *Qué Pasa*, en abril de 1971. En gran parte, la Unidad Popular exhibía todo lo

que habían rechazado en sus empresas editoriales previas. En *Qué Pasa* se verán temas de actualidad periodística, en búsqueda de construir un orden social basado en la nación como principio (p. 140). El autor se focaliza en el apartado de *Cuadernos Históricos* de la revista, el que contaba con los importantes aportes de Gonzalo Vial, Fernando Silva, Cristián Zegers y Javier González Echenique, donde queda en evidencia que la *representación histórica* se mantuvo como uno de los ejes fundamentales de la publicación, siguiendo las huellas de su maestro. En sus términos, desconocer o tergiversar la historia desde la perspectiva de su tradición, como acusaban a los historiadores marxistas, implicaba un camino al quiebre de la nacionalidad (p. 141). Ahí, se expusieron algunas de las problemáticas que seguían preocupando al grupo: la crisis del régimen oligárquico, la incapacidad de la élite y su fracasada organización partidista y la representación histórica sobre José Manuel Balmaceda, entre otras.

Ahora, cabe esbozar el papel que tuvo el *Instituto Cultural de Providencia*, cuyo directorio estaba compuesto por cercanos a la revista, como

Tomás Mac Hale, Julio Philippi, Francisco Orrego y Diego Ibáñez Langlois, uno de los fundadores de *Qué Pasa*. Este Instituto, como resalta el autor, «(...) destinado a las élites y sectores medios altos, fue uno de los puntos de socialización preferido para dar a conocer los saberes intelectuales que producían (...)» (p. 159) y durante la Unidad Popular fue refugio cultural de la élite capitalina, mostrando una importante convergencia entre las perspectivas historiográficas promovidas en los *Cuadernos Históricos* de la revista y los cursos o charlas dictados en aquel espacio. Es más, Hermógenes Pérez de Arce y Gonzalo Vial Correa fueron algunos de los importantes relatores que abrían el ciclo de conferencias en la Escuela de Invierno de 1971, lo que fue, evidentemente, promovido en las páginas de la revista (p. 160).

De este modo, durante el libro se visualiza cómo el campo académico le permitió a Jaime Eyzaguirre —y su grupo— realizar una crítica antimarxista aparentemente científica y despolitizada. No obstante, como señala Fernanda Beigel, las revistas son precisamente textos colectivos que no sólo

conectan las principales discusiones de una época, sino también las prácticas políticas y sus formas de legitimación (en p. 116). Por lo mismo, sus publicaciones mostraron claros matices respecto a las diferentes corrientes historiográficas del período.

Para ir cerrando este breve comentario, destacamos la forma de llevar adelante una cartografía de las redes conservadoras del período, donde la construcción de una corriente historiográfica fue clave, tanto en forma como en contenido. En otras palabras, una militancia no-partidista que les permitió disputar y constituir imaginarios sociales que, posteriormente, fueron materializados por los mismos discípulos de Jaime Eyzaguirre durante la dictadura cívico-militar, tanto desde puestos gubernamentales como en roles académico-culturales. Por eso, podemos enfatizar que el foco del grupo estuvo en una *batalla por la cultura* (p. 120).

Javier Molina Johannes
Universidad de Chile